

Descubriendo la Iglesia de Cristo

Todas las personas tienen un objetivo en la vida: para algunas es progresar en el trabajo que han escogido; para otras es construir un hogar feliz; amasar riquezas; ganar influencia política; lograr un alto lugar en la sociedad y popularidad.

Aunque estos objetivos varíen mucho, hay un objetivo que todos los cristianos tienen en común. Ése es la salvación de su propia alma, alcanzar la vida eterna, el logro del fin último para el cual Dios ha creado toda vida humana.

Si se logra el objetivo supremo de la vida, no importa lo pobre que se sea o el poco éxito que se haya logrado en los negocios, o que se haya logrado poco status social; su vida es un éxito indudable. Ha ganado la única victoria que realmente importa: la salvación de su alma inmortal.

Aunque no estén de acuerdo en otros asuntos, las iglesias cristianas están todas de acuerdo sobre la clara enseñanza de Jesús de que la salvación de la propia alma es más importante que ganar el mundo entero.

Puede que usted se pregunte ahora: “¿Cómo se logra ese objetivo? ¿Cuáles son los medios para lograrlo? ¿De qué sirve enfatizar la importancia del objetivo si no se dan instrucciones específicas para permitirme lograrlo?”

Cristo brindó una guía segura para la humanidad en su búsqueda de la vida eterna. Cristo estableció una institución determinada, la investió con el poder y la autoridad de enseñar a todos los hombres y mujeres Sus Verdades, para santificarlos y ayudarles en cada etapa del camino a la salvación de sus almas.

Esa institución es la Iglesia que Él fundó: la santa, católica y apostólica Iglesia, gobernada por San Pedro y sus sucesores desde los días de Cristo hasta el tiempo presente. Y Cristo desea - aun más, ordena - que todos los hijos de Adán abracen la fe y aprovechen la enseñanza autorizada de la Iglesia y su guía infalible.

Tres excusas para no cumplir con Cristo

1. Todas las religiones son igualmente buenas y verdaderas; por lo tanto no importa en realidad a que iglesia yo escoja ir.
2. La sinceridad es lo que cuenta para Dios; crea en cualquier religión, asista a cualquier iglesia, mientras sea sincero, usted está bien y se ha salvado.
3. Cristo nos dio la Biblia; nosotros tomamos nuestra religión de la Biblia, por lo tanto no necesitamos que ninguna iglesia nos guíe en nuestra creencia o en nuestra conducta.

¿Han escuchado una o más de estas declaraciones? De hecho, están en el mismo aire que respiramos; las escuchamos por todas partes; creemos que las hemos encontrado en una u otra forma miles de veces.

Consideremos ahora la primera de ellas: No importan las creencias de una persona ni la iglesia a la que pertenezca.

Es una sencilla cuestión de lógica y sentido común que las declaraciones contradictorias no pueden ser ambas ciertas. Si una es cierta, entonces la otra debe de ser falsa. Reconocemos esto en los asuntos de nuestra vida diaria y consignaríamos a un manicomio al individuo que razonara y actuara de manera diferente.

Para ilustrarlo: Una maestra toma un pedazo de tiza blanca y escribe sobre el pizarrón. Le pregunta a los miembros de su clase: “¿De qué color es la escritura?” Uno responde: “morada”; otro, “verde”; otro, “roja”; otro, “amarilla”. Finalmente otro responde “blanca”.

La maestra ama a todos sus alumnos de igual manera. Supongamos que ella dice: “A todos les amo por igual, así que todos están en lo correcto”.

¿Qué pensarían ustedes de esa forma de actuar? ¿No dirían que la maestra tiene un gran corazón, pero una cabeza hueca? Ella puede satisfacer su deseo de estar de acuerdo con todos ellos, pero el precio es el suicidio intelectual. El estudiante que dijo que era blanca está en lo correcto; todos los demás están equivocados. Esa es la pura realidad.

Ahora apliquemos esta línea de razonamiento a las diferentes creencias religiosas. Preguntamos “¿Era Cristo Dios o solamente un hombre?” El miembro de la Iglesia Unitaria contesta: “Era solamente un hombre”. El Metodista contesta: “Cristo era Dios”. ¿Podemos decir que los dos están en lo correcto? No, no sin destruir

todas las posibilidades de un razonamiento humano correcto. Y sin embargo, existen diferencias similares a ésta entre las varias doctrinas e iglesias. Por lo tanto el sentido común exige que rechacemos la afirmación de que cualquier religión es aceptable.

El mandato de Cristo a los apóstoles clarifica sus intenciones: “Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos... enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes” (Mateo 28:19-20). Los apóstoles comprendían claramente que ellos y los fieles debían de seguir, sin cambiar nada, las enseñanzas que Cristo les había ordenado impartir. San Pablo declara: “Pero aunque... un ángel del cielo viniese a evangelizarlos en forma diversa a como lo hemos hecho nosotros, yo les digo: “¡Fuera con él! ¡Anatema!” (Gálatas 1:8-9). Está claro que las enseñanzas de Cristo y de los apóstoles rechazan lo que dicen aquéllos que abrazan la noción de que cualquier creencia es adecuada.

La sinceridad no es suficiente

Consideremos ahora la segunda excusa que ofrecen los que no cumplen con el mandato de Cristo de creer Sus enseñanzas bajo pena de condenación eterna. “Quien cree y es bautizado” dice Cristo “se salvará, pero quien no cree, se condenará”. Esta segunda teoría afirma que en cuanto una persona sea sincera en su creencia, eso es todo lo que importa; bajo esta excusa podrían justificarse las más irreales y extrañas doctrinas.

Para ilustrarlo: Supongamos, querido lector o lectora, que usted está enfermo y que el médico le ha recetado una medicina que se encuentra en un vaso cerca de su cama. Cerca de ese vaso se encuentra otro, lleno de veneno, el cual usa la enfermera para desinfectarse las manos. Ella entra en su cuarto a medianoche; no está segura cual es la medicina y cual es el veneno. Suponga que ella se dice a sí misma: “No sé cual es cual, pero creo que ésta es la medicina; soy sincera al respecto, así que eso es suficiente”.

¿Podría, cualquier cantidad de sinceridad de su parte, excusarla de su deber de usar su inteligencia para descubrir la verdad? ¿Ser sincero no implica acaso el deber de hacer todo lo que está en su poder para descubrir la verdad y para actuar de acuerdo a ello? ¿No diría que esa enfermera es culpable en exceso, pues ha fallado en hacer un esfuerzo para descubrir el hecho objetivo: cuál era el vaso que contenía la medicina y cuál, el veneno? Sin menospreciar la virtud de la sinceridad, no se sentiría usted tentado a decir: “La sinceridad es una virtud admirable, pero no debe de usarse como un sustituto para la verdad, ni como una excusa para no hacer todos los esfuerzos razonables para descubrir la verdad”.

Si usted estuviera muy enfermo, ¿llamaría a un albañil sincero y aceptaría su sinceridad en lugar de conocimientos médicos para recuperar su salud? No, usted no desestimaría la virtud de la sinceridad, pero diría que nunca debe de usarse como un sustituto para el conocimiento ni como una excusa para no hacer un esfuerzo inteligente para alcanzar ese conocimiento.

Tal es la posición de la Iglesia Católica. Ella respeta la sinceridad tanto como cualquier otra organización en el mundo. Simplemente pide que una persona pruebe su sinceridad haciendo una cuidadosa investigación para descubrir cual es la Iglesia fundada por Cristo. Si una persona realiza tal investigación honesta y concienzudamente, y al principio quita de su mente todo prejuicio, la evidencia objetiva es tan clara y tan obvia que difícilmente fallaría en encontrar la verdadera Iglesia.

Sin embargo, si debido a prejuicios que no puede erradicar o debido a circunstancias fuera de su control, no encuentra la verdadera Fe de Cristo, sino que cree en su propia doctrina con sinceridad y buena fe, entonces no es culpable a los ojos de Dios. Este sería un caso donde la sinceridad se probó a través de un sincero y razonable esfuerzo para encontrar la verdad. En este caso, no obstante, aunque no es miembro del cuerpo de la Iglesia, el individuo está unido al alma de la Iglesia y será recompensado por Dios por su fidelidad a los dictados de su conciencia – eso enseña la Iglesia Católica.

La mayoría de los no católicos se sorprenden al enterarse sobre lo que la Iglesia enseña al respecto. Ellos estaban bajo la impresión de que la Iglesia Católica enseñaba que solamente sus miembros podrían salvarse.

Aunque la Iglesia se opone a todas las herejías, como Cristo la obliga a hacerlo, ama al hereje. Aunque combate el pecado con todo su poder y sus recursos, ama al pecador y nunca desespera en ganarlo para una vida de virtud y santidad. Conserva abierta la puerta de la salvación para todos los seres humanos; solamente quien actúa en contra de la luz de su propia conciencia y quien se rehúsa a investigar si tiene dudas, se cierra esa puerta a sí mismo.

¿Basta sólo con la Biblia?

Llegamos ahora a la tercera razón que la gente da para no ser miembros de la Iglesia fundada por Cristo para guiarlos y ayudarlos a alcanzar la vida eterna: ellos afirman que tienen la Biblia, que obtienen su religión directamente de ella, y que no necesitan a la Iglesia para que los guíe. ¿Con qué frecuencia hemos escuchado a un amigo no católico decir: “Yo soy un cristiano bíblico. Yo obtengo mi religión de ella sin consultar a ningún sacerdote”? No obstante, el hecho es que ni siquiera una de cada cien de ese tipo de personas entiende exactamente el origen de la Biblia, particularmente del Nuevo Testamento, el cual es de suprema importancia para los cristianos. Parecen pensar que el Nuevo Testamento existía antes que la Iglesia y que ésta última es su creación, y que empezó a existir en los siglos posteriores a la predicación de la Palabra de Dios. A fin de corregir las interpretaciones llenas de errores que las personas bien intencionadas e incluso devotas tienen sobre este asunto, hemos preparado un esquema para explicar cómo se formó el Nuevo Testamento. Ese esquema (se encuentra en la portada interior frontal) titulado “Cómo se redactó el Nuevo Testamento” les será muy beneficioso.

Este esquema presenta en forma detallada los hechos históricos esenciales sobre el origen y la formación del Nuevo Testamento. Al mostrar cómo se originó, el esquema demuestra que éste debe su existencia a la Iglesia Católica, la Madre de la Biblia.

El esquema ilustra igualmente los siguientes hechos importantes:

1. El Nuevo Testamento fue escrito en su totalidad por católicos.
2. San Pedro, el primer Papa de la Iglesia Católica, es el autor de dos de sus epístolas.
3. La Iglesia Católica determinó el canon o lista de los libros que constituyen el Nuevo Testamento.
4. La declaración de la Iglesia Católica de que los libros del Nuevo Testamento son todos inspirados por Dios constituye la única autoridad para la creencia universal tanto de católicos como de protestantes sobre su carácter inspirado.
5. La Iglesia Católica ya existía antes del Nuevo Testamento.
6. La Iglesia Católica es la Madre del Nuevo Testamento.

Si ella no hubiera escudriñado cuidadosamente los escritos de sus hijos, rechazando algunos y aprobando otros como dignos de ser incluidos en el canon del Nuevo Testamento, hoy en día el Nuevo Testamento no existiría.

Si ella no hubiera declarado que los libros que formaban el Nuevo Testamento eran la Palabra inspirada por Dios, no lo sabríamos.

La única autoridad que los no católicos tienen sobre la inspiración de las Sagradas Escrituras es la autoridad de la Iglesia Católica. Si se rechaza a la Iglesia, no hay una razón lógica para que los protestantes afirmen el carácter inspirado de las Sagradas Escrituras.

Con la posible excepción de San Juan, ninguno de los apóstoles vio alguna vez todos los escritos que ahora constituyen el Nuevo Testamento.

Si la Iglesia no hubiera preservado la Biblia, protegiéndola de los ataques de los bárbaros, copiándola en los monasterios a través de los siglos antes de que se inventara la imprenta, el mundo moderno no tendría una Biblia.

El esquema muestra que la Iglesia Católica, fundada por Jesucristo, ya enseñaba y predicaba la Palabra de Dios nueve años antes de que se escribiera ningún libro del Nuevo Testamento y lo hizo durante 67 años antes de que éste se completara. Las verdades enunciadas por su Divino Fundador estaban en lo profundo de su corazón y frescas en su memoria; estaba muy ocupada en impartir estas verdades verbalmente a la humanidad.

Cristo no escribió nada; tampoco les ordenó a sus apóstoles que escribieran. Les encargó que enseñaran sus doctrinas a toda la humanidad. “Vayan por todo el mundo” les dijo “y anuncien la Buena Nueva a toda la creación” (Marcos 16:15). Los apóstoles cumplieron el mandato de Cristo predicando verbalmente.

Pedro, Mateo, Juan, Santiago y Judas complementaron sus prédicas al escribir. No obstante, debe recordarse que la Iglesia era un ente en marcha, una institución funcional que enseñaba, predicaba, administraba los sacramentos y salvaba almas mucho antes de que el Nuevo Testamento viera la luz del día.

Ella no es la hija de la Biblia, como muchos no católicos imaginan, sino su Madre. Ella no deriva ni su existencia ni la autoridad de sus enseñanzas del Nuevo Testamento; ya tenía ambas antes de que el Nuevo

Testamento naciera; ella recibió su ser, sus enseñanzas y su autoridad directamente de Jesucristo.

Si todos los libros de la Biblia y todas las copias desaparecieran, aún así la Iglesia poseería todas las verdades de Cristo y podría continuar predicándolas tal como lo hacía antes de que se escribiera una sola palabra del Nuevo Testamento.

Aunque nuestra reverencia por la Biblia sea grande, la razón y la experiencia nos obligan a decir que por sí sola no constituye una guía segura ni competente sobre lo que debemos creer.

No era accesible a todos

Para empezar, los primeros cristianos no tuvieron acceso a las Sagradas Escrituras. Ya que el Nuevo Testamento no se completó sino hasta a fines del primer siglo, obviamente no estaba disponible para aquéllos que murieron antes de esa época. Tampoco estuvo disponible para los cristianos de los cuatro primeros siglos ya que el canon o lista de los 27 libros que comprende el Nuevo Testamento no fue determinado por la Iglesia sino hasta el año 393. Además, no estuvo disponible desde el siglo cuatro hasta el siglo quince debido a que la imprenta no se inventó sino hasta 1440 y por lo tanto era imposible brindarle a cada miembro una copia. Aún en la actualidad, lo mismo que en épocas anteriores, hay millones que no pueden leer, millones para quienes la Biblia continúa siendo algo inaccesible.

En segundo lugar, hay muchos pasajes en la Biblia que son oscuros y difíciles, no sólo para las personas comunes sino incluso para los eruditos. El mismo San Pedro nos dice que en las epístolas de San Pablo hay “algunos puntos difíciles de entender, que los ignorantes y poco firmes en la fe interpretan torcidamente para su propio daño, como hacen también con las demás Escrituras” (2 Pedro 3:16). Por consiguiente, nos dice en otra parte “ninguna profecía de las Escrituras puede ser interpretada por cuenta propia” (2 Pedro 1:20).

Lutero, en los primeros años luego de separarse de la Iglesia, declaró audazmente que cualquiera podía interpretar la Biblia: “incluso la humilde sirvienta de un molinero; hasta un niño de nueve años”. Sin embargo, más adelante, cuando el Anabautista, los Zwinglianos y otros contradijeron sus puntos de vista, la Biblia se volvió “un libro hereje”, más oscuro y difícil de entender. El vivió para ver surgir numerosas sectas herejes que se esparcieron por todo el Cristianismo, todas afirmando estar basadas en la Biblia.

Así, en 1525, tristemente lamentó la anarquía religiosa que había surgido como resultado de sus ideas de interpretación privada de las Escrituras: “Hay tantas sectas y creencias como hay cabezas. Este tipo no quiere saber del bautismo; otro niega el sacramento; un tercero cree que hay otro mundo entre éste y el Día del Juicio. Algunos enseñan que Cristo no es Dios; algunos dicen esto... otros, aquello. Se ha perdido la razón; si alguien sueña o desea algo, debe ser el susurro del Espíritu Santo, y él es un profeta”.

La Biblia no contiene todas las enseñanzas

La Biblia no contiene todas las enseñanzas de la religión católica, ni formula todas las obligaciones de sus miembros. Tomen, por ejemplo, el asunto de la observancia del domingo: asistir a Misa y abstenerse de trabajo servil innecesario ese día. Este es un asunto que nuestros hermanos protestantes han enfatizado por muchos años. Sin embargo, en la Biblia no se encuentra que el domingo sea el Día del Señor; el día que se menciona es el Sabat o sábad, el último día de la semana. La Iglesia primitiva, consciente de su autoridad para enseñar en el nombre de Cristo, deliberadamente cambió ese día al domingo; lo hizo para honrar el día en que Cristo resucitó y para hacer saber que ya no estamos bajo la Antigua Ley de los judíos sino bajo la Nueva Ley de Cristo.

San Juan termina su Evangelio diciéndonos “Jesús hizo también muchas otras cosas. Si se escribieran una por una, creo que no habría lugar en el mundo para tantos libros” (Juan 21:25). San Pablo enfatiza la importancia de seguir fielmente las enseñanzas transmitidas, no sólo por escrito sino también verbalmente: “Por lo tanto, hermanos, manténganse firmes y guarden fielmente las tradiciones que les enseñamos de palabra o por carta” (2 Tesalonicenses 2:15).

El mal uso de la Biblia

En una importante publicación semanal protestante, *The Christian Century* (El Siglo Cristiano), al escribir sobre “El mal uso de la Biblia por los protestantes” el editor, Reverendo Charles Clayton Morrison,

declara: “El Protestantismo ha puesto a la Biblia en el lugar equivocado... La ha puesto en el lugar que el Cristianismo otorga solamente a Jesucristo”.

He aquí por qué cometen ese error fatal. “Los reformadores”, continúa, “al reaccionar violentamente en contra del sistema católico romano con el Papa como cabeza, asumieron imprudentemente que era necesario establecer una autoridad fuera del mismo Cristo, que uniría al Protestantismo de la misma manera que el Papado une al Catolicismo. La Biblia, que había sido recientemente traducida al idioma local, y que estaba disponible para los laicos gracias a la invención de la imprenta, se convirtió en esta autoridad. Sería el tribunal supremo al cual acudir”.

El Dr. Morrison señala que Lutero apenas iniciaba su revuelta cuando... “la conferencia de Lutero y Zwingli en Marburgo, la cual intentaba unificar la Reforma alemana y suiza, se desbarató por un pleito entre los dos líderes que no se pusieron de acuerdo sobre la interpretación de un determinado texto bíblico: Este es mi Cuerpo.

A partir de ese día, el mal uso de la Biblia ha corrompido el espíritu del Protestantismo, limitado su visión, lo ha enfrascado en discusiones triviales, constantemente dividiéndolo en sectas y corrompiendo el carácter supremo de la propia Biblia”.

De esta manera, al momento de nacer al Protestantismo le fue inyectado el veneno de la interpretación personal – un veneno que le ha traído lamentables desacuerdos, peleas y caos dentro de su cuerpo, desde siempre.

La verdad es que la Biblia, como todas las letras muertas, necesita de un intérprete vivo. Los padres fundadores de nuestra república no dejaron que la Constitución fuera interpretada por cada individuo según su capricho: eso habría significado una rápida destrucción de la unidad en la república naciente. Sabiamente establecieron la Corte Suprema para que sea el intérprete vivo y autorizado de la Constitución.

De la misma forma en que la Corte Suprema es el intérprete vivo y autorizado de la Constitución, así la Iglesia Católica es el intérprete vivo y autorizado de la Biblia. La Iglesia ha preservado y custodiado la Biblia a través de los siglos, y la interpreta para nosotros en el nombre y con la autoridad de Jesucristo.

El origen divino de la Iglesia Católica

Cuando, después de reflexionar cuidadosamente, uno llega a la conclusión de que sí importa lo que uno crea, se encuentra con la pregunta: ¿Cuál es la verdadera Iglesia de Cristo? Si uno puede descubrir una Iglesia fundada directa e inmediatamente por Cristo y autorizada para enseñar en Su Nombre, a la cual le ha prometido la constante presencia del Espíritu Santo, entonces uno puede estar seguro de que si la verdadera Iglesia puede encontrarse en algún lugar en la Tierra, debe de ser esa institución de la cual el mismo Cristo es el Fundador.

Hojee las páginas de cualquier libro confiable de historia, ya sea escrito por un judío, un protestante, un católico o un no creyente; y encontrará que hay un acuerdo unánime entre todos los historiadores que la Iglesia Católica fue fundada por Cristo. La evidencia de las Sagradas Escrituras, consideradas simplemente como documentos históricos, es demasiado abrumadora para permitir cualquier duda o discusión sobre este punto. Veamos las palabras solemnes con las cuales nuestro Divino Salvador fundó Su Iglesia y luego la revistió con el poder y la autoridad para enseñar a toda la humanidad en Su Nombre.

Las credenciales no se limitan a un Evangelio, sino que se encuentran en los cuatro: las palabras son sencillas; su significado es inconfundible. Es el mismo Cristo quien les habla a los apóstoles: “Como el Padre me envía, así yo también les envío a ustedes”.

“Me ha sido dada toda autoridad en el Cielo y en la Tierra. Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia” (Mateo 28:18-20).

Estas palabras constituyen la evidencia de que Dios le ha asignado a la Iglesia la misión de enseñar las verdades de Cristo a todas las naciones; ellas constituyen la carta constitucional que la Iglesia presentará a cada generación como las credenciales imperecederas de su designación, como la agencia debidamente acreditada para enseñar en el nombre y con la autoridad de Jesucristo. Que las personas que escuchen esta enseñanza autorizada por Dios no deberán verse a sí mismos como libres para aceptarla o rechazarla, lo aclara

también nuestro Divino Maestro: “Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará; el que se niegue a creer, se condenará” (Marcos 16:15-16).

Con igual claridad, San Lucas presenta esta misma insistencia de Cristo sobre el deber de los fieles de aceptar el Evangelio, debido a la autoridad que le respalda: “Quien les escucha a ustedes, me escucha a mí; quien les rechaza a ustedes, me rechaza a mí; y el que me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado” (Lucas 10:16).

Suponer que Jesús colocó sobre cada individuo que nacería en el mundo la tarea de descubrir por sí mismo de las brumas del pasado histórico sus enseñanzas exactas, y la igualmente difícil tarea de interpretarlas con precisión y sin error, habría sido un procedimiento que habría condenado al fracaso de antemano Su empresa.

Tres hechos fundamentales de la historia

1. Jesucristo realmente fundó una Iglesia.
2. Él le otorgó a esa Iglesia la autoridad y el poder de enseñar a toda la humanidad.
3. La Iglesia fundada por Cristo y revestida con tal poder y autoridad es la Iglesia Católica.

De los hechos históricos anteriores, se deduce por lógica la sencilla conclusión: la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia, establecida por Jesucristo para la salvación de toda la humanidad. ¿Hay algún escape posible de esta conclusión? Al admitir, como todos los hombres y mujeres deben hacerlo, que la Iglesia Católica fue fundada por Jesucristo, algunos han buscado escapar de la anterior conclusión alegando que la Iglesia Católica en el transcurso del tiempo dejó de enseñar las verdades puras de Cristo, que introdujo el error, y que por lo tanto ya no se le debe de ver hoy en día como la verdadera Iglesia.

Esto, sin embargo, podría ser verdad solamente si nuestro Salvador hubiera roto las promesas que le hizo a Su Iglesia cuando dijo: “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia” (Mateo 28:20)... y “Tú eres Pedro (o sea Piedra) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; los poderes de la muerte jamás la podrán vencer” (Mateo 16:18). Si Cristo hubiera roto esas promesas solemnes, entonces podríamos afirmar confiadamente que no existe hoy en día en lugar alguno sobre la faz de la Tierra la verdadera Iglesia de Dios.

Que Dios no rompió su promesa es evidente por el hecho de que la Iglesia Católica es la única institución en el Cristianismo que ha enseñado al mundo por más de 1900 años y continúa enseñando las mismas divinas verdades que enseñó a los griegos, a los romanos, a los medos y a los persas en el primer siglo.

La Iglesia fue despojada de sus propiedades por Enrique VIII y fue testigo del cautiverio de su supremo Pontífice por Napoleón Bonaparte. Pero ella conserva íntegramente todas esas verdades reveladas por Dios, las cuales Jesucristo le ordenó proclamar a todas las naciones del mundo hasta el final de los tiempos.

El triple poder del sacerdocio

Cristo otorgó a sus primeros sacerdotes el triple poder del sacerdocio, es decir, predicar con autoridad, perdonar los pecados y ofrecer el sacrificio eucarístico.

El Poder de la Predicación: “Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará; el que se niegue a creer, se condenará” (Marcos 16:15-16).

El Poder de Perdonar los Pecados: “Reciban el Espíritu Santo: a quienes descarguen de sus pecados, serán liberados, y a quienes se los retengan, les serán retenidos” (Juan 20:22-23).

El Poder de la Consagración: Después de pronunciar las palabras de consagración en la Última Cena, cambiando el pan y el vino en Su Cuerpo y en Su Sangre, Cristo les dijo a sus primeros sacerdotes: “Hagan esto en conmemoración mía” (Lucas 22:19).

Queremos agradecer muy especialmente a AVE MARIA PRESS por su gentileza al permitirnos el privilegio de poner en formato de folleto el maravilloso libro del Padre John O’Brien *Descubriendo la Iglesia de Cristo* para distribuirlo gratis.